



**Bartolomé Mitre**

**El pato**

I

Clara, bella y perfumada,  
era una tarde serena,  
de esas tardes en que el cielo  
todas sus galas ostenta,  
en que la brisa y la flor  
nos hablan con voz secreta,  
en que las bellas inspiran,  
en que medita el poeta,  
en que el infame se esconde,  
en que el pueblo se recrea.  
Y matizando la alfombra  
de una extendida pradera  
se ve una alegre cuadrilla  
con sus vestidos de fiesta,  
porque cien gauchos reunidos  
las pascuas de dios celebran.  
En las ancas del caballo  
cada cual lleva su bella,  
el que ufano con su carga  
bate el suelo con soberbia,  
mientras que el viento levanta

la nevada pañoleta,  
que acaricia las mejillas  
del jinete a quien estrecha  
tal vez por no resbalar...  
quizá de puro coqueta.  
No llevan collares de oro,  
ni caravanas de perlas,  
ni relucientes sombreros,  
ni corbatines de seda:  
humildes son los vestidos  
que las mujeres ostentan;  
y bajo pieles curtidas  
y de ponchos de bayeta  
aquel rústico gauchaje  
alma independiente alberga  
como el tosco ñandubay  
bajo su áspera corteza  
roba a la vista del hombre  
del corazón la belleza.

## II

Encima de una loma  
se ven a las muchachas  
haciendo con donaire  
pañuelos agitar;  
y en tanto, en la llanura  
en círculo formados,  
se ven de los jinetes  
los ponchos ondear.

Sus ojos resplandecen  
radiantes de alegría,  
que temple con sus sombras,  
del rostro la altivez.  
Con juegos herculáneos  
festejarán el día,  
que el pueblo hasta jugando  
respira robustez.

Diríase campeones  
que esperan la pelea  
que anuncian con estruendo  
las lenguas del clarín:  
la inercia los consume,  
mas si el cañón humea,  
con varonil coraje  
buscan glorioso fin.

Tal vez unas carreras

esperan a porfía  
para cubrir de palmas  
al potro más veloz...  
Mas no, todos desean  
robustecer el alma,  
por eso ¡El Pato! ¡El Pato!  
Repiten a una voz.

¡El Pato! juego fuerte  
del hombre de la pampa,  
tradicional costumbre  
de un pueblo varonil  
para templar los nervios,  
para extender los músculos  
como en veloz carrera,  
en la era juvenil.

Las fiestas populares  
de un pueblo de valientes  
semejan a las rudas  
caricias del león,  
porque el pampero raudo  
batiendo en esas frentes  
parece que inocular  
vigor al corazón.

Ya todos se aprestaban  
a comenzar la pugna,  
asiendo de las garras  
con fuerza de titán:  
los pies en los estribos  
apoyan con pujanza,  
y esperan afanosos  
de jefe la señal.

Las madres, las esposas  
contemplan aquel grupo,  
pendientes del latido  
del brazo muscular;  
mas de repente vese  
que las manijas sueltan,  
y se oye entre el corrillo  
sordo rumbos vagar.

¿Quién les desarmó la fuerza  
de los cincuenta brazos,  
que un pingo gigantesco  
podrían sacudir?  
Dos hombres que se acercan  
al medio de la liza,

y muestran ser campeones  
que quieren combatir.

### III

El uno es Diego Zamora  
apellidado el "valiente"  
cuya daga vencedora  
a sus contrarios devora  
y es el terror de la gente.

Su mirada decidida  
y negra su cabellera;  
y una sonrisa atrevida  
del labio está suspendida  
revelando un alma fiera.

Lleva un facón en la falda.  
Lleva un poncho balandrán  
terciado por media espalda,  
y del campo la esmeralda  
huella en un potro alazán.

El otro es Pedro de Obando,  
compañero de fatigas  
de Zamora, y peleando  
anda con él desafiando  
las partidas enemigas.

Estriba con bizzarria  
y la espuela nazarena  
suspira en dulce armonía,  
como grillos a porfia  
lloran del preso la pena.

Guapos el Pago los llama,  
y el alcalde salteadores,  
pero publica la fama  
que no la avaricia inflama  
su pecho en vivos ardores.

Ligados por nudo fuerte,  
los dos siguen un camino:  
hermanos de vida y muerte  
aceptan la misma suerte  
bajo el yugo del destino.

### IV

Adelantóse Zamora

y sujetando la rienda,  
pidió parte en la contienda  
con altanera atención.  
Todos a una voz gritaron  
"que entren Zamora y Obando".  
Y entonces el pato tomando,  
Zamora con él salió.

Picaron todos de espuelas  
galopando a rienda suelta  
para procurar la vuelta  
del jinete vencedor;  
mas en vano corren, vuelan,  
gritan, pegan, forcejean,  
y resudan y espolean,  
y le siguen con furor.

Hasta que al fin un jinete  
lo alcanza, y con mano fija  
asiendo de la manija  
hizo el caballo cejar,  
pero Zamora con furia  
lo lleva de una pechada,  
dejando en tierra estampada  
de su triunfo la señal.

Pero tres nuevos atletas  
dispútanle su presea,  
y él en tremenda pelea  
la disputa a todos tres.  
Forcejean, y tendidos  
furiosos luchan en vano  
por quebrantar una mano  
que hierro parece ser.

Crujen, se estiran los miembros,  
se hinchan de sangre las venas,  
y enronquecidos, apenas  
pueden el aire lanzar;  
mas él, firme en sus estribos  
como animado centauro  
disputa a todos el lauro  
en combate desigual.

Llegan tres más, y Zamora  
con la presteza del rayo  
dando riendas al caballo  
las manijas les quitó:  
dos de ellos fueron al suelo  
en pos del tremendo empuje,

y el que queda firme ruge  
de vergüenza y de furor.

## V

y corriendo  
desbandados,  
y empapados  
en sudor,  
a Zamora  
todos siguen,  
y persiguen  
con furor.

Ya lo alcanzan  
o despuntan,  
ya se juntan  
en redor,  
cual las hojas  
de una planta  
que levanta  
el ventarrón.

Cual relámpago  
flamígero,  
el alígero  
alazán  
los zanjones  
que encontraba  
los salvaba  
sin parar.

Y por último,  
rendidos,  
alaridos  
dan de paz,  
y las gorras  
que se quitan  
las agitan  
en señal.

## VI

Zamora entonces levantando en alto  
el pato, cual si fuese una bandera,  
detiene del caballo la carreta  
y le hace el freno con furor tascar,  
y así parado en medio de la pampa  
con su ademán a todos desafía;  
mas viendo que ninguno se movía

dirige a todos la señal de paz.

Torció las riendas del soberbio bruto  
y a trote largo adelantóse al rato  
llevando al lado el disputado pato  
que a gruesas gotas de sudor ganó;  
y al acercarse ante el vencido corro,  
se descñó del rostro su barbijo,  
y estas palabras atrevidas dijo  
que la turba entre aplausos recibió:

"si hay quien dispute que gané la palma  
"átese al punto a la cintura un lazo,  
"que yo tan sólo con mi izquierdo brazo  
"jinete, y pingo, y pato arrastraré".  
Nadie admitió su formidable reto:  
tan sólo Obando en ademán airado  
sacó del anca un lazo que arrollado  
una serpiente parecía ser.

Por la presilla lo fijó en su cuerpo  
y por la argolla se lo dio a su amigo  
quien se admiraba hallar un enemigo  
en el hermano que le diera dios;  
pero impulsado por feroz orgullo,  
asíó del lazo en la siniestra mano,  
y a gran galope atravesando el llano,  
tirante el lazo entre los dos quedó.

Cual hosco toro que en lazada envuelto  
se niega altivo a obedecer la fuerza,  
y rebramando con furor se esfuerza,  
y aspa y pezuña quiere allí clavar,  
tal Pedro Obando con poder resiste  
al férreo brazo de que está pendiente,  
mientras el lazo entre los dos, crujiente,  
se ve como una víbora oscilar.

Silencio pavoroso en torno reina:  
enmudece el frenético alarido,  
y sólo se oye el fúnebre quejido  
del lazo palpitante entre los dos;  
mas de repente resonó un gemido  
dos espirales al formar el lazo,  
y en cada cual llevando su pedazo,  
envuelto en él al polvo descendió.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

